PALABRAS DEL RECTOR JAIME BENITEZ A LA CLASE DE HUMANIDADES DE LA FACULTAD DE ESTUDIOS GENERALES

22 de agosto de 1960

Jóvenes universitarios:

Es con profunda tristeza que cumplo póstumamente la promesa que le hiciera al Decano de dirigir una de las primeras clases de Estudios Generales. Lo hago hoy con ánimo de presentarles a ustedes como ejemplo, jóvenes que advienen a la Universidad por vez primera, algunos rasgos del Decano designado hace unos días para presidir la Facultad en que ustedes ahora se inauguran.

Es parte del azar de la existencia el que las circunstancias pueden cambiar súbitamente y que lo que hace una semana veíamos como el auspicioso comienzo de un año académico, se nos represente ahora como un inicio melancólico de trayectoria incierta. Al señalar algunos de esos rasgos ejemplares, comencemos por lo más inmediato, por el final. Domingo Marrero era desde hacía ya muchos años, una persona señalada para la muerte. Estaba en diálogo cotidiano con ella, como el monje medieval lo está con la calavera en su dormitorio. En el de Domingo había constantemente un balón de oxígeno, recuerdo permanente de lo que él con su entrenamiento de abogado llamaba su vida en precario. No obstante esta realidad que él conocía, que conocía su familia, que conocíamos sus amigos, insistía Domingo Marrero en vivir su vida plenamente, a todo lo que le permitía su ánimo potente. Vivía como si fuese a hacerlo eternamente y estaba por otra parte listo a la postrer llamada a cualquier hora.

En este curso discutirán ustedes el problema de la actitud del hombre con referencia a la duración y la calidad de su existencia. Considerarán el dilema de Aquiles, si optar por la vida larga o por la vida heroica. El gran Pelida escogió como es sabido la vida heroica, la vida de la gran hazaña. En otra dimensión enteramente distinta así optó también Domingo Marrero cuando hace muchos años, y como hacía cada minuto, prefirió siempre actuar a plenitud, vivir creadoramente, dedicarse de lleno al trabajo por delante mas bien que recluirse en la casa o en el hospital.

Señalo y honro, jóvenes universitarios, una ejemplaridad que quiero recomendarles, la ejemplaridad del esfuerzo máximo, de la dedicación, de la voluntad de vivir en la acción creadora, en el servicio constructivo, en el ejemplo constante del talento.

Domingo Marrero y yo diferíamos en muchas cosas; diferíamos en política, en religión, en temperamento, en actitudes filosóficas. Sin embargo, resultaba perfectamente fácil para él y para mí la comunicación; la diferencia de perspectivas no excluyó ni la cooperación ni el entendimiento.

Es importante destacar las claves que permiten esta relación de amistad y de apoyo recíproco entre personas que se tienen por diferentes. Creo propio dejar consignado que al considerarse su nombramiento para Decano, no obstante ser miembro destacado de la Iglesia Metodista y Ministro en ella, fué un católico practicante quien propuso su confirmación y un sacerdote de la Iglesia Católica, Monseñor Ivan Illich, quien hubo de secundarla.

Esta actitud de comprensión, de tolerancia, de autenticidad en el respeto a unos principios de vida universitaria honra por igual a quienes son acreedores a ese respeto y a quienes lo testimonian con su propio comportamiento.

¿Cuáles son las claves que pueden orientarnos hacia las grandes diferencias y las grandes semejanzas entre los hombres? No se constituyen estas semejanzas o estas diferencias en mi opinión sobre la base de la condición económica de cada cual o de la ideología social o política o siquiera sobre la base de diferencias o coincidencias religiosas. Es más bien a base de unas profundas e íntimas realidades presentes o ausentes en el ser individual que se determinan los parecidos profundos y las distancias máximas entre las personas. Voy a referirme a los tres siguientes interrogantes que nos permiten aclarar esta diferencia: ¿Cuál es el sentir del hombre ante el semejante? ¿Cuál es su sentir frente a sí mismo? Y, ¿cuál es el sentir del hombre frente a Dios? En nuestro sentir frente al semejante lo esencial es la confianza o la desconfianza que en el otro pongamos. La fe que ponemos en la capacidad del hombre por crecer, por hacerse mejor, o la falta de ella, es uno de los puntos irreductibles de diferenciación y similitud en el entendimiento entre nosotros.

Es probable que las doctrinas totalitarias que imperan y han imperado en nuestro mundo, se remitan en última instancia, consciente o inconscientemente, a un concepto de la condición humana. La idea del hombre como ser capaz de perfeccionamiento o como criatura imperfecta y perversa puede condicionar una ideología política. Maquiavelo, en su Vida del Príncipe plantea ya esta distinción. Los dirigentes de los grandes movimientos totalitarios del mundo contemporáneo han compartido la íntima conciencia de la necesidad de obligar al hombre hacia el bien. Esta ha sido su justificación. En contraste con esta posición está aquélla que contempla al hombre como un ser que tiende intrínsecamente hacia el bien y que presume que esta condición puede y debe cultivarse.

Domingo Marrero creía de buena fe en esa posibilidad de perfeccionamiento del

semejante y en su vivir y actuar ponía empeño en cumplirla. Con mucha frecuencia la confianza depositada en el prójimo lo hace mejor y esta actitud de abertura hacia el otro es la base de la comunicación y el entendimiento entre los hombres.

La segunda cuestión planteada es el sentir hacia nosotros mismos. Sólo con los años adquirimos conciencia clara de nosotros profundizando en nuestro ser hasta descubrir aquellas actitudes que nos son básicas. Y de estas actitudes dables a descubrimiento quizá sea la más importante la conciencia de satisfacción o inconformidad con lo que somos. Ortega y Gasset dijo y yo repito, que toda persona satisfecha está perdida. Toda persona que está satisfecha de sí ha cerrado a cal y canto la puerta hacia un poder ser mejor que debemos tener como meta. Ortega decía, que si algo de divino hay en el hombre es su descontento. Y este descontento radical de que habla Ortega es el descontento no con la presencia o ausencia de posesiones sino de condiciones. Existe una marcada diferencia entre ser y tener. Lo que tengo o pueda dejar de tener posee una relativa importancia, pero lo que soy y lo que puedo ser tiene una significación esencial. Este ser del hombre tiene un carácter existencial y problemático que radica en que nunca se es definitivamente hasta tanto se muere. Mientras la muerte no nos fija, somos responsables de nuestro ser, porque para bien o para mal podemos dejar de ser lo que somos. De ahí la primaria importancia del descontento.

Uno de los objetivos de este curso de Humanidades es el llevarles a la insatisfacción. Domingo Marrero no se satisfizo nunca. Pese a su delicada condición física, continuó luchando por hacerse mejor, haciendo con ello mejor a los demás.

La última pregunta a que hicimos referencia y cuyo planteamiento da madurez al hombre es el problema de la trascendencia religiosa. Domingo Marrero se sentía criatura de Dios y ello implica tres cosas: en primer lugar, la conciencia de nuestra

propia pequeñez e insuficiencia. En segundo lugar la relación del hombre con las fuerzas espirituales, frente a las cuales se entiende y se hace comprensible la existencia humana. Y en tercer término, la dignidad que nos confiere el sabernos, en los límites de nuestra debilidad, exponentes de unos valores que nos trascienden y nos dan sentido. El sentimiento de comunión con el todo circundante, a través de una presencia inteligible e inteligente, constituye un aspecto profundo de la religiosidad. Y repito, este sentido religioso del existir, tanto como el sentido humano, son parte de lo que aspiramos a que en su experiencia universitaria entrevean ustedes. Quizá no logren captar plenamente el significado de lo entrevisto, quizá también, lo enriquezcan ustedes con nuevos sentidos. Es ésta una de las razones por las cuales queremos rodear a las juventudes universitarias de ejemplos vivos de este comportamiento y de este actuar. Nadie más digno de encarnar este ejemplo que Domingo Marrero.

Domingo Marrero era un hombre sujeto a las limitaciones que nuestra humanidad nos impone. No quiero pues presentarlo como un ser perfecto. Eso sí, buscaba serlo poniendo en ello su generoso afán, su clara inteligencia y su bondad; porque Domingo Marrero era bueno, profundamente bueno. Es por eso que su marcha constituye una pérdida para la Universidad y para ustedes, los jóvenes que no pudieron conocerlo. El miércoles, cuando venga a este recinto por vez postrera el cuerpo del que fué Decano de esta facultad, recuerden éstas mis palabras de hoy sobre el ejemplo del Maestro ido. Que su carácter haya de servirles de guía en la empinada búsqueda del conocimiento, en el respeto a la convivencia y en la comprensión de la amistad.